

¡MUY BIEN 10, FELICITADO!

En los distintos niveles educativos, las calificaciones cumplen un rol que ha ido variando a lo largo del tiempo, pero ese rotundo “10” todavía sigue embelesando a los estudiantes, es un objetivo deseable y que, una vez conseguido, motiva, reconforta e impacta en la autoestima.

Nancy Ganz

Doctora en Educación, Magíster y Especialista en Didáctica y Licenciada en Educación por la Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires. Profesora en Educación Física por el Instituto Dr. E. Romero Brest. Directora del Doctorado en Educación en la Universidad Nacional de Hurlingham. Profesora de la carrera de posgrado de la Especialización en Docencia Universitaria, en la cual dicta el curso de una Didáctica para la Universidad.

Todos los viernes, en la última hora de clase, la señorita Marga, colocaba en su escritorio la pila de cuadernos corregidos para ser entregados a sus estudiantes. Era un momento de mucha emoción, prontos a disfrutar del deseado fin de semana, recibir el saludo y el cuaderno corregido era un ritual de la primaria que daba el inicio de que algo bueno estaba por suceder. Resaltado en la última carilla de las tareas semanales, aparecía escrito en varios colores, y con la misma tipografía de Marga, el “muy bien 10: ¡felicitado!” Todos sabían cuál era la página para encontrar la sorpresa.



Todos los viernes, en la última hora de clase, la señorita Marga, colocaba en su escritorio la pila de cuadernos corregidos. Era un momento de mucha emoción, prontos a disfrutar del deseado fin de semana, recibir el saludo y el cuaderno corregido.

Este breve recuerdo nos retrotrae a un contexto escolar de otro tiempo: recuerdos de clases como estudiantes en la primaria. Con mis compañeros, teníamos el sentimiento en común de que algo había funcionado bien en el desempeño semanal. En las resoluciones de las pruebas escritas y orales, estos modismos de calificación estaban representados a través de expresiones gráficas resaltadas en color, con signos de admiración, corporalmente acompañados de rasgos gestuales por parte de sus autores, para demostrar la aprobación y la alta estima por los resultados obtenidos.

Aquellas vivencias escolares aún nos conmueven, nos permitían hacernos “felices” por un rato. La calificación hace distinciones sobre los logros y aprendizajes de los estudiantes, y ello impacta en nuestra autoestima. La expresión del “muy bien 10: ¡felicitado!” nuclea dos tipos de escalas de calificación, una nominal (bien, muy bien, felicitado) y otra numérica (1 al 10).

Históricamente, esto era considerado como el mejor modelo para apartarse de la medición subjetiva, ya que permitía objetivar en escalas que dejaban de lado las percepciones propias de cada profesor al momento de realizar calificaciones.

En los primeros años de la vida escolar, así como en la vida de jóvenes y adultos, en los espacios académicos y universitarios, los estudiantes tienen que dar cuenta de que están transitando bien por el camino del aprendizaje, aprobando y cumpliendo con los requisitos propuestos y formalizados. Las señales de ello son múltiples y variadas, pero en este caso hablaremos del número “10”. La convención de una escala numérica (del 1 al 10) que pondera aprendizajes —en nuestro caso en el sistema universitario— está reglamentada y naturalizada por la comunidad en general.

A lo largo de la historia, el sistema educativo proporcionó diversos medios para invitarnos a participar de las instituciones escolares, marcando como objetivo fundamental conseguir las certificaciones de finalización de los estudios que permiten acreditar los diversos niveles. Las calificaciones fueron un espacio distinguido de las evaluaciones obligatorias que llevan adelante el conjunto de profesores junto a sus estudiantes, permiten la acreditación de las carreras, señalan quiénes aprueban y quiénes no, quiénes siguen en carrera y quiénes probablemente abandonen sus estudios por no cumplir con los requisitos obligatorios.

Dentro del campo de la didáctica como disciplina científica, la teoría de la evaluación nos provee de una enorme producción vinculada al campo de la investigación, que resalta los modelos o prácticas de la enseñanza que promueven y fortalecen los aprendizajes genuinos de nuestros estudiantes en los distintos campos del conocimiento. Es importante para los profesores conocer los programas de evaluación y los mejores criterios a la hora de seleccionar las escalas de calificación.

Ponderar lo distinto

Consulté a algunos colegas qué significaba sacarse un 10 en la escuela o en la universidad. Aquí algunos de sus comentarios:

- “Yo tuve varios 10 en mi paso por la universidad, me esforzaba mucho por ello, así que lo consideraba justo”.
- “En la primaria era muy buena alumna, a partir de cuarto grado que entendí de que se trataba todo, empecé a tener muchos diez”.
- “Tenía el mandato familiar del buen alumno, era lo que correspondía sacarse el 10, aunque no tuve muchos 10”.
- “El 10 fue un clic, a partir de allí mi tesis avanzó y me tuve confianza”.

Al momento de consultarles si ellos, como profesores, ponen 10, las respuestas fueron:

- “Me gusta poner 10, pero me cuesta pues el trabajo tiene que tener algo distinto, un proceso donde tiene que aparecer algo original”.
- “Es un trabajo que no sólo responde las consignas, sino que tiene un plus: que al leerlo dé placer escuchar la argumentación”.



Las calificaciones permiten la acreditación de las carreras: señalan quiénes aprueban y quiénes no, quiénes siguen en carrera y quiénes probablemente abandonen sus estudios.

Podríamos señalar que los colegas consultados confirman que al momento de “poner el 10” rescatan el criterio de lo “distinto”. Son aquellos trabajos que, por ejemplo, están bien escritos, contienen los contenidos trabajados en los cursos y son claros en sus exposiciones. En todos los casos consultados están presentes estos tres componentes.

Hablando de 10, de distinciones, de diferenciaciones y de lo común de nuestras prácticas al momento de las calificaciones, hay algunas preguntas que permiten visualizar los supuestos que la expresión “muy bien 10: ¡felicitado!” podría estar ponderando. ¿Las calificaciones valoran los aprendizajes vinculados a cómo los estudiantes afrontan sus dificultades? ¿Permiten que tengan pistas cercanas de cómo hacer para vivir, de qué hacer para sentirse felices con ellos mismos, y de lo que eligen junto con otros? ¿Estamos pudiendo rescatar la singularidad de cada uno de nuestros estudiantes, de la fuerza de sus pensamientos y emociones al momento de calificar sus aprendizajes? El “muy bien 10: ¡felicitado!” ¿acredita evidencia para ponderar la productividad de los aprendizajes y logros académicos?

En momentos sociales de alta complejidad, de fuertes y rápidos cambios tecnológicos en los procesos de

producción laboral y académica de nuestros estudiantes, podríamos detenernos para pensar e invitarlos a trabajar en programas que ponderen la singularidad de sus capacidades humanas. ¿Es posible prestar atención a las vivencias comunes que experimentan nuestros estudiantes cuando están con otros? Considerando sus respuestas reflexivas en sus aprendizajes académicos: ¿cómo podríamos tomar evidencia de estas cualidades, sin suponer que se desarrollan autónomamente en las aulas universitarias? Andamos necesitando alguna lente que ilumine o haga foco en la vivencia de la experiencia y en la producción común y personal de sus narrativas.

Durante muchos años, nos vamos conformando en las aulas para vivir, sentir y elegir, para ser “uno mismo”. Lo que significa ser “un nosotros, en nuestra plena humanidad ser tú, ahora mismo, para pensar en tu vida y en las nuestras, pasando de todo esto a tu día y a lo que harás en él, con otros o solo”, señala Graham Brunett.

Habrá que detenerse y compartir las experiencias que a diario realizan los profesores en sus aulas, seguir estudiando y aprendiendo a fortalecer las capacidades humanas en las aulas universitarias y traducirlas más allá de las calificaciones que los sistemas acuerden mantener. ■